

La guerra de desinformación en la “Era de la Información”

Por Francisco Pineda*

El 13 de septiembre del 2001, cuando las imágenes de las Torres Gemelas derrumbándose asombraban a todos, George Bush anunció al mundo el inicio de “la primera guerra del siglo XXI”¹. Sería ésta una guerra diferente y una guerra contra el terrorismo, dijo con aplomo, como si fuera completamente normal hacer la guerra a un objeto discursivo, a un tema. Semanas después dio inicio el ataque de Estados Unidos contra Afganistán, y el apoyo masivo al bombardeo masivo fue uno de los principales sucesos en esta guerra inaugural.

Si, como se ha dicho, Afganistán fue la primera guerra del siglo XXI, bien se podría considerar que Chechenia fue la última guerra del siglo XX, con el añadido de que ambas apuntaron a la misma región, en contra de naciones musulmanas y bajo idéntico pretexto. En los dos casos el programa de acción estuvo orientado por la idea de una guerra corta, con intensos bombardeos y posterior ocupación del territorio. Fue un programa militar que aplicó la vieja fórmula romana de “hacer el desierto llamándolo paz”.

Teniendo presente que los países atacantes, en los últimos cincuenta años, han sido las mayores potencias militares del mundo, podría explorarse la idea de que en esos acontecimientos de Asia Central se perfilan ya algunas tendencias de la guerra para el futuro mediato. El aspecto que se abordará en este trabajo se ubica en el campo de la llamada guerra de información.

La definición de los adversarios, el marco primario del conflicto, fue un elemento clave para ganar el apoyo de la población dentro del país atacante. Igual que en los Estados Unidos, en Rusia se alegó que Chechenia era un estado gobernado por terroristas y fundamentalistas musulmanes, quienes representarían una amenaza directa para la seguridad y la vida de los ciudadanos pacíficos. La propaganda militar rusa argumentó también que Osama Bin Laden había enviado fuerzas de apoyo a los “bandidos” de Grozny. En enero del año 2000, el asalto a la capital chechena se realizó tras una intensa operación de carácter psicológico que dibu-



jó a las fuerzas de la resistencia como fanáticos musulmanes, integrantes de una red internacional de terrorismo.

De modo semejante a lo sucedido en los Estados Unidos, en Rusia esta propaganda aseguró su efecto a raíz de unas explosiones que ocurrieron en edificios de apartamentos en Moscú y Buynaksk, en octubre de 1999. Además, tanto en Rusia como en Estados Unidos, jamás se probó que la nación o el gobierno del país atacado fuera responsable de o estuviera involucrado en las explosiones. Fue suficiente, para conseguir un efecto avasallador, el solo hecho de mostrar a las víctimas civiles. Con ello se consiguió un amplio respaldo para la guerra y en poco tiempo sobrevino la invasión, caracterizada, tanto en Chechenia como en Afganistán, por bombardeos masivos sobre objetivos civiles antes de efectuar las operaciones de tierra que concretaron la ocupación.

Emil Pain, ex-consejero para asuntos étnico-nacionales en Rusia, escribió a este respecto: “De ninguna manera se está diciendo que los servicios especiales rusos estaban involucrados en las explosiones de los edificios de apartamentos en las ciudades rusas. Las meras sospechas son insuficientes para sostener tal aseveración. Sin embargo, la opinión fijada en el público de que ellos ‘nos atacaron’, es también discutible. En todo caso, no hay ninguna prueba de que las autoridades de la República de Chechenia estuvieran involucradas en tales actos”².

* Profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Lo mismo ocurrió en el caso de Estados Unidos. No se demostró, sino que sólo se mostró como responsable al país y al gobierno atacados. Las explosiones de Moscú y Nueva York se manejaron eficazmente en los medios y consiguieron el apoyo masivo hacia las dos guerras de las dos superpotencias en contra de dos naciones musulmanas del centro de Asia.

Se pueden considerar al menos tres antecedentes de esta coincidencia entre los protagonistas de la Guerra Fría y la post Guerra Fría.

a. La doctrina de la Revolución en los Asuntos Militares, cuyo énfasis está en la guerra de información y la proyección de la fuerza³ surgió en la antigua Unión Soviética a finales de los '70⁴. Más tarde fue oficialmente adoptada y desarrollada por el ejército de Estados Unidos (*Field Manual 100-5 Operations*, versión de 1993). Esta doctrina considera que se ha superado la situación bipolar de la Guerra Fría y, no por casualidad, tuvo como primera expresión la invasión de Afganistán, emprendida a finales de 1979 por el ejército de la ex URSS.

La guerra del Tercer Mundo, escribió Nixon en aquella época, es la nueva forma de la guerra por la hegemonía mundial; y pretendiendo sacar las lecciones de la derrota en Vietnam, también sostuvo que el control de la información debería cuidarse extraordinariamente en la nueva etapa que comenzaba. "Raras veces —escribió Nixon— tanta gente se ha equivocado tanto sobre tantas cosas. Y nunca las consecuencias de su incomprensión han resultado tan trágicas" como en la guerra de Vietnam⁵.

En la actualidad, el Pentágono considera que Rusia no constituye una amenaza militar sino que comparte las principales preocupaciones con los Estados Unidos, "incluyendo el problema de la vulnerabilidad al ataque de agresores regionales con misiles balísticos, los programas no autorizados de armas estratégicas y la amenaza del terrorismo internacional"⁶. Competencia y colaboración, no enfrentamiento, es el marco de las relaciones militares entre Washington y Moscú desde hace muchos años.

b. De modo recíproco, los militares rusos han adoptado los patrones de la guerra de información desarrollados por Estados Unidos. Después del sonado fracaso en la primera guerra de Chechenia (1994-1995)⁷, los mandos del ejército ruso concluyeron, como Nixon, que habían perdido la gue-

rra de la información y que por ello no lograron obtener el respaldo de la población, fracasando en sus propósitos finales. En consecuencia, buscaron "reprogramar" a la opinión pública para ganar la batalla contra la independencia de Chechenia, un país de sólo 900 mil habitantes. El general Anatoliy Kulikov, ex-viceprimer ministro de Rusia, reconoció abiertamente que para alcanzar este objetivo los generales de Moscú se inspiraron en el ejemplo de la invasión a Panamá, cuando el ejército de Estados Unidos aprehendió al presidente de ese país, el general Manuel Antonio Noriega⁸.

c. George Bush y Vladimir Putin llegaron a la cúspide del poder estatal en sus respectivos países proviniendo del estrecho círculo de los servicios especiales de información, la CIA y la KGB; esta última se prolongó en el Servicio Federal de Seguridad, donde Putin fue el director desde julio de 1998. Ambos dirigentes tenían establecida la fama de mandar con "mano dura" y, a los pocos meses de asumir la conducción del gobierno, explo-

"El golpe que modificó radicalmente la situación a favor de la guerra fue la atribución de las explosiones a los independentistas chechenos. La presentación de esos acontecimientos tuvo un efecto contundente en la opinión pública."

taron los acontecimientos de Moscú y Nueva York para desencadenar una guerra total. Las autoridades rusas, tal como harían después las estadounidenses, llamaron a esas acciones "operaciones para suprimir al terrorismo". La ambigüedad del enemigo así definido y de la propia "guerra al terrorismo" multiplica las oportunidades a la hora de aplicar operaciones armadas sobre cualquier país. Este recurso tiene la misma matriz que la guerra contra los 'bárbaros', palabra que en griego significa 'extranjeros'; pertenece al mismo orden 'civilizatorio' de imperios anteriores y de él toma su fuerza persuasiva.

En 1995, el 65% de los rusos estaba en desacuerdo con las acciones militares en Chechenia y, en 1998, la opinión pública aceptaba mayoritariamente (82%) la independencia de ese país. Todavía en junio de 1999, la crítica de la primera guerra de Chechenia era el argumento principal en contra del gobierno y tuvo gran influencia para que la población se pronunciara por la caída de Yeltsin.

El golpe que modificó radicalmente la situación a favor de la guerra fue la atribución de las explosiones a los independentistas chechenos. La presentación de esos acontecimientos tuvo un efecto contundente en la opinión pública. Se subrayó la idea de que Chechenia era un estado de bandidos, sin ley ni orden, donde el terror y los secuestros eran comunes; por consiguiente, ese país era una amenaza directa para la población rusa. Putin y los comandantes del ejército ruso pusieron el acento en que la sociedad no estaría segura hasta que la amenaza de

Chechenia fuera eliminada completamente. Se explotó la sensación de inseguridad, conjuntamente con un sentimiento de humillación nacional (“nadie nos toma en serio, ni los chechenos ni Occidente”), y con las supuestas “lecciones de Kosovo” (atrocidad *versus* atrocidad). La gente comenzó a decir que “el problema chechén” sólo podría resolverse por la fuerza, usando ‘mano de hierro’ para restaurar el orden en toda la federación. Así, en noviembre de 1999, el 63% de los rusos apoyaba la idea de conducir operaciones armadas hasta que los combatientes chechenos fueran completamente aniquilados.

Pero no fueron las explosiones solamente las que provocaron el viraje en la opinión pública rusa, sino que operaron como catalizadoras, bajo condiciones favorables y juntamente con otras medidas. Esto mismo podría ser útil para observar los soportes de la movilización de opinión pública a favor de la guerra en Estados Unidos.

El insoportable aumento de la delincuencia en las ciudades rusas fue asociado con la imagen de “bandidos” que se atribuyó no sólo a los guerrilleros sino a toda la población chechena. Los oficiales rusos habían determinado con anterioridad que el fracaso de 1994 se debió en buena medida a que las autoridades no habían podido presentar a la resistencia armada chechena como bandas de criminales y terroristas. Particularmente, la “intelectualidad liberal” rusa contribuyó decisivamente a esta manufactura. *Literaturna - ya Gazeta* —la publicación emblemática de la “transparen-

cia” que encabezó la campaña en contra de la figura de Lenin— colocó desde antes de las explosiones al dirigente chechén, Shamil Basayev, en el primer sitio de los hombres más odiados por la población. Asimismo, las acciones militares de la OTAN durante la crisis de Kosovo tuvieron un impacto significativo. A los ojos del público, los ataques contra civiles justificaban completamente acciones similares del ejército ruso en Chechenia.

Como en todos los casos de guerra contra la población civil, el genocidio en Chechenia y en Afganistán se basó en la transformación imaginaria de los adversarios en seres deshumanizados, animales irracionales y engendros del mal; amenazas biológicas y satánicas, al mismo tiempo. La propaganda militar rusa, casi imperceptiblemente, pasó de la promoción de un “cordón sanitario” sobre Chechenia al objetivo de aniquilar totalmente la amenaza. La operación sobre la opinión pública transitó exitosamente de la defensiva a la ofensiva, es decir, de la idea aceptable de conseguir seguridad se pasó a la voluntad de aniquilamiento que, en principio, es una actitud más difícil de conseguir.

En el caso de Estados Unidos, el factor Ántrax y el discurso acerca de las fuerzas del mal sirvieron, de igual modo, para establecer el marco imaginario del conflicto: las fuerzas militares actuarían así con legitimidad para acabar con una amenaza irracional, biológica y maléfica, que se cierne sobre los inocentes. En ese contexto, el discurso de los inocen-



tes apoyado en imágenes operó en ambos casos como complemento lógico y necesario del discurso de guerra contra el “terrorismo fundamentalista”. Uno y otro discurso se apoyan mutuamente para lograr el cometido. Las imágenes de los edificios destruidos fusionan ambos aspectos; se convierten en un poderoso símbolo, capaz de suscitar fuertes emociones y perfilar las instrucciones de la acción vengadora.

La imagen de una “guerra nueva” y la imagen del “chechén o afgán liberado” reforzaron la aceptabilidad del ataque masivo. La propaganda acerca de la utilización de misiles de precisión, en el caso ruso, y bombas inteligentes, en el caso yanqui; el ocultamiento de las bajas producidas en uno y otro bando; la censura y autocensura, lo mismo que otras medidas semejantes de control y desinformación hicieron posible la operación anestésica sobre la opinión pública de ambas potencias. Básicamente, se trata de una doble acción en que primero se intensifican las emociones por las víctimas “nuestras”, para luego degradar las emociones por las víctimas “de los otros”. En esta operación, el control de la imagen obtuvo los mayores resultados.

Este parece ser uno de los requisitos primordiales de la guerra contemporánea que las principales potencias han emprendido en el llamado Tercer Mundo. Dado el inmenso crecimiento de la pobreza, los conflictos que se prevén son enormes, diversos e imprevisibles. Por consiguiente, según la nueva doctrina militar de las potencias, las fuerzas armadas deben obtener decisiones rápidas y poco costosas. Sin embargo, como lo mostraron las experiencias de Chechenia y Afganistán, la victoria en guerras cortas sólo es posible después de un intenso bombardeo que incluye objetivos civiles. Por eso adquieren primacía la guerra de información y las operaciones psicológicas. En la “era de la información”, lo que menos debe tener el público es información sobre la guerra.

Lo principal es volcar el apoyo a través de los sentimientos de inseguridad, venganza y racismo; descargar sobre otros pueblos la sensación de impotencia y los miedos propios acerca de amenazas que se creen percibir en el mundo natural y sobrenatural. Grozny no existe ya y Kabul no es más que una ciudad en ruinas. Pero la opinión pública de Rusia y Estados Unidos, cuando olvide a sus muertos, seguirá pensando que hizo una labor humanitaria; que contribuyó a la epopeya por la libertad de los propios chechenos y afganos, combatiendo al nuevo fantasma de ropajes exóticos, el terror fundamentalista.

Para los estrategas militares, sin embargo, esas guerras en el umbral del siglo XXI serán sólo una pieza en la disputa por la hegemonía mundial. El posicionamiento en Asia Central tiene alcances mayores que la amenaza personificada en Osama Bin Laden.

Desde que la doctrina de la Revolución en Asuntos Militares estableció que se debe abandonar el modelo basado en amenazas, para usar preferentemente el modelo basado en capacidades, China sería el verdadero objetivo estratégico, tanto para Rusia como para Estados Unidos. Este es el viejo sueño de unos y otros.

Poco después del 11 de septiembre, el Pentágono emitió su documento básico de política militar para el período 2001-2005. Anticipa ahí que, en especial, “Asia toma gradualmente la forma de una región susceptible de convertirse en un adversario militar de gran escala... Existe la posibilidad de que un contendiente militar con una base formidable de recursos despunte en la región”. Este documento deja ver también los trazos de la futura intervención yanqui en el escenario asiático. Por el norte, describe una región muy inestable, con una mezcla de poderes regionales, emergentes y declinantes, esparcidos en un amplio arco que va desde el Medio Oriente hasta el Noreste de Asia. En esa zona, dice, los gobiernos son vulnerables a las fuerzas radicales o extre-

mistas. Por el costado sur, establece otro arco desde la Bahía de Bengala hasta el Mar de Japón. En conjunto, anticipa, el teatro de operaciones en Asia representa un serio desafío para el ejército yanqui. Las bases militares y la infraestructura son proporcionalmente más débiles que las que posee en otras regiones del mundo. Por ello, concluye, es apremiante la necesidad de establecer accesos adicionales que permitan realizar operaciones militares a gran escala.

Por el costado sur, establece otro arco desde la Bahía de Bengala hasta el Mar de Japón. En conjunto, anticipa, el teatro de operaciones en Asia representa un serio desafío para el ejército yanqui. Las bases militares y la infraestructura son proporcionalmente más débiles que las que posee en otras regiones del mundo. Por ello, concluye, es apremiante la necesidad de establecer accesos adicionales que permitan realizar operaciones militares a gran escala.

Pero no todo ha resultado favorable a las superpotencias en esas guerras. A pesar de la enorme movilización de tropas y los recursos tecnológicos, por ejemplo, el propósito de capturar a los dirigentes adversarios fue un fiasco en Chechenia y en Afganistán. Pero sobre todo, se ha producido una ruptura con el mundo árabe que incrementará la inestabilidad y dificultará las posibilidades de control y el posicionamiento firme en la zona. Asimismo, es previsible que Washington y Moscú deban dedicar mayor atención a la defensa, debilitándose por tanto las posibilidades de la ofensiva. Con esas dos guerras, el mundo no está más cerca de la paz. La novedad radica en que ahora el propio te-

“Lo principal es volcar el apoyo a través de los sentimientos de inseguridad, venganza y racismo; descargar sobre otros pueblos la sensación de impotencia y los miedos propios acerca de amenazas que se creen percibir en el mundo natural y sobrenatural.”



territorio de las superpotencias se ha convertido en escenario de guerra, lo que fue un signo, si se recuerda, de la decadencia de otros imperios.

En la “era de la información”, América Latina no es ajena a la inestabilidad del sistema y el peligro de las intervenciones. Por ello, parece procedente volver a poner atención en las políticas militares de las grandes potencias y, en especial, de los Estados Unidos. Ya no es más aquel momento en que los analistas del Pentágono se podían dar el lujo de escribir que “los rebeldes del mundo duermen”¹⁰. Desde hace algunos años comenzaron a despertar, en las selvas, cordilleras y las grandes ciudades. Por lo mismo, ahora, las anticipaciones del Pentágono podrían recibir mayor atención: “Mientras Occidente ha permanecido por mucho tiempo en paz, existe el peligro de crisis o insurgencias, particularmente en la región de los Andes, que podrían extenderse más allá de las fronteras, desestabilizando estados vecinos y colocando en riesgo los intereses económicos y políticos de Estados Unidos”¹¹. América Latina es igualmente un foco de atención para los estrategas de la guerra en la era de la desinformación. Compartimos con aquellos pueblos de Asia y con África la misma suerte desde hace más de quinientos años.

Pero, también, compartimos la vocación de rebelión contra la opresión y el saqueo.

■ Notas

1 *The Guardian*, “Timeline: terror and its aftermath”. Ver <http://www.guardian.co.uk>.

2 Emil Pain, “The Second Chechen War: the information component”, en *Military Review*, U.S. Command and General Staff College, vol. LXXX, julio-agosto 2000, n° 4. Ver <http://www-cgsc.army.mil/milrev/index.htm>

3 Este concepto representa un cambio en la doctrina militar, que en el pasado se fundaba en la defensa avanzada y el posesionamiento de grandes fuerzas en el exterior. La idea de proyección de la fuerza, además, extiende el empleo de las fuerzas armadas en operaciones de no guerra, es decir, la intervención de las tropas antes y después de un conflicto armado, en cualquier parte del mundo. “*Force projection* — La habilidad de proyectar el elemento militar del poder nacional desde el territorio continental de Estados Unidos (CONUS) u otro teatro, en respuesta a requerimientos de operaciones militares. Las operaciones de proyección de la fuerza comprenden desde la movilización y desplazamiento de las fuerzas hasta el redesplazamiento a CONUS o el teatro de residencia.” Departamento de Defensa, *Dictionary of military an associated terms*, Joint publications 1-02, 15 de octubre de 2002.

4 Steven Metz y James Kievit, analistas del Instituto de Estudios Estratégicos de Estados Unidos, señalan al grupo encabezado por Marshal N. V. Ogarkov como el primero que empezó a escribir acerca de la emergente revolución en la naturaleza de la guerra. Cfr. Metz, S. y Kievit, J., *The revolution in military affairs and conflict short of war*, 25 de julio de 1994. Cfr. Jeffrey R. Cooper, "Another View of the Revolution in Military Affairs", presentado en la Quinta Conferencia Anual sobre Estrategia, U.S. Army War College, Carlisle Barracks, PA, April 27, 1994, pp. 42-43.

5 Nixon 1986 *No más Vietnams* (México: Planeta) 11.

6 Departamento de Defensa, *Quadrennial Defense Review Report*, Washington, 30 de septiembre del 2001. Ver <http://www.comw.org/qdr/qdrhome.htm>.

7 En noviembre de 1991, Chechenia se declaró Estado independiente, pocas semanas después de la desaparición de la Unión Soviética. El gobierno de la Federación Rusa se negó a reconocer esa condición y en diciembre de 1994 emprendió la invasión de Chechenia a gran escala. Grozny fue casi completamente destruida

antes de ser ocupada por los rusos, en febrero de 1995. Los invasores instalaron un gobierno títere y estacionaron tropas en la zona. A finales de mayo de 1996, se acordó un alto el fuego y el 7 de mayo del año siguiente se firmó un acuerdo de paz por el que ambas partes se comprometían a mantener relaciones conforme a las "normas del Derecho Internacional", lo que suponía en la práctica el reconocimiento de Chechenia como nación soberana.

8 Declaraciones del general Anatoliy Kuliako a radio *Eco de Moscú*, el 5 de febrero del 2000, referidas por Emil Pain, cit.

9 Departamento de Defensa, *Quadrennial Defense Review Report*, cit.

10 Steven Metz, "A flame kept burning: counterinsurgency support after the Cold War", en *Parameters*, otoño de 1995, p. 31.

11 Departamento de Defensa, *Quadrennial Defense Review Report*, cit.

